

† MARCEL DURRY (9-IX-1895 - 23-I-1978)

Si últimamente esta revista no se esmeraba tanto como en otros tiempos por registrar las dolorosas pérdidas de las Humanidades honrando así a sus cultivadores distinguidos en la hora del fallecimiento, quizás hubiera en ello, aparte de otras razones, un inconsciente prurito de no entristecer más a nuestra animosa juventud con el interminable desfile de nuestros predecesores. Pero, si el hecho luctuoso produce dolor, también puede y debe ser ocasión para examen de nobles actividades, veredicto sobre ellas e intento de imitación en quienes, desde muy abajo, preparamos ya nuestros caminos paralelos.

Y si el difunto, como en este caso, es un buen amigo de España y de los españoles, que tantas veces nos visitó y tanto nos ayudó en nuestras empresas, y además un hombre de bien, un verdadero liberal y un perfecto caballero en su trato, no debería faltar aquí el breve recuerdo. Vamos a ello.

Marcel Durry nació en Tavey (Haute-Saône), entre los Vosgos, Lorena, el Franco Condado y la Borgoña propiamente dicha. En el corazón de Europa, como quien dice. Por eso fue, luego lo veremos, tan profundamente europeo. No sólo en sus viajes y actividades internacionales, sino también en sus sufrimientos. Hijo de un profesor del Liceo "Henri IV", en que estudió con brillo, a los diecinueve años ya lo tenemos, con un profundo sentido del deber patriótico, alistado como "poilu" voluntario en las sufridas tropas de 1914. Y no mucho después,

prisionero e internado en Alemania hasta el fin de la guerra. Buena escuela de hombría.

Después viene la "École Normale Supérieure", la dedicación a las Humanidades y más concretamente al latín, la agregación en Letras, un período de formación en la "École Française de Rome", el magisterio inolvidable del gran Carcopino y su boda con Marie-Jeanne Walter, profesora luego de la Sorbona, distinguidísima en el campo de las Humanidades francesas y de la Pedagogía del idioma.

Pero el feliz período de entreguerras no va a durar mucho: cuando, después de publicar su magnífica tesis sobre *Les cohortes prétoriennes*, que dio lugar luego al artículo *Pretoriae cohortes* de la *Real-Encyclopädie*, llega mercedamente a la Sorbona, después de haber profesado en el Liceo de Amiens y en las Universidades de Grenoble y Caen, estamos ya en 1941, es decir, con los alemanes en Francia. No iban a faltar, pues, problemas: la destitución, el paso a Córcega y luego a Argelia. En este país entonces francés, por el que siempre sintió predilección desde los años juveniles en que había publicado los monumentos epigráficos de Cherchell, Durry, incorporado al movimiento gaulista en íntima colaboración con René Capitant, fue profesor de la Universidad de Argel y Director de la Enseñanza Superior en aquella época llena de azares. Luego volvió a París y a la Sorbona y continuaron los logros y éxitos: miembro del Consejo Superior de Educación Nacional, comendador de la Legión de Honor, Decano de su Facultad desde 1964, autor de obras perfectas como las ediciones del libro X de las *Cartas* de Plinio el Joven y el *Panegírico de Trajano*, la muy alabada, y con justicia, de la *Laudatio de Turia* y muchos y muy buenos artículos de revistas. En 1969, la *Revue des Études Latines*, que él dirigía como administrador de la "Société des Études Latines", a que consagró con generosidad muchas horas de su fecunda vida, publicó, como tomo XLVII bis, unos *Mélanges Marcel Durry* en cuya *Tabula gratulatoria* tuvo el honor de figurar. Allí nos podemos formar una buena idea de los distintos campos de interés en que la actividad humanística de Durry se movió: el

apartado que contiene trabajos de sus colegas relativos a *La femme et la famille* se inicia con varios artículos al respecto del propio homenajeado, entre ellos el bien conocido *Le mariage des filles impubères dans la Rome antique*; el titulado *La guerre et les guerriers* empieza con su *Juvénal et les prétoriens*; al apartado *La société et le monde romain* precede su *Réhabilitation des "funerariae"*; el último capítulo, en fin, contiene un trozo de la edición del *Panegírico* en que Trajano es juzgado de manera severísima.

Ahora bien, no es humanista completo el que egoístamente reserva para sí estos goces del espíritu negándose al mundo que le rodea. Marcel Durry fue pródigo de su tiempo para bien de quienes gozamos de su consejo y apoyo. Se desvivió por las relaciones culturales francoalemanas, dando así una hermosa prueba de la amplitud de sus miras humanas; trabajó activamente en el Comité Internacional del *Thesaurus Linguae Latinae* y en el de la benemérita "Fondation Hardt" ginebrina; y, esto es lo que he podido comprobar más de cerca, fue durante muchos años firme puntal de la F.I.E.C., organizadora de los Congresos Internacionales de Estudios Clásicos. Con él entré en Filadelfia a formar parte del "Bureau" de la Federación; con él como Presidente cesamos ambos en el Congreso de Madrid después de haber tomado parte en el de Bonn. Y conservo el mejor recuerdo de él en aquella época. Especialmente a lo largo de 1974, cuando la enfermedad de Franco y la reacción internacional frente a las penas de muerte hacían dudar seriamente de la viabilidad de la reunión madrileña en que tanta ilusión habíamos puesto algunos. Pero Durry nunca nos decepcionó. Sabía separar perfectamente, con clara visión de humanista, sus ideas personales de la necesidad de convivir con los demás hombres en una esperanzadora tarea común; y siempre tuvo los más exquisitos rasgos y palabras para nuestras dificultades.

Algo parecido debió de ocurrir en su Decanato. Marcel Durry vivió el mayo francés de 1968 y, antes y después, los infinitos barullos, tumultos y disensiones de una Universidad elefantiaca que poco después iba con acierto a dividirse en varias uni-

dades menos conflictivas. Sin duda, pues no solía hablar de ello, sufrió ingraticudes, desacatos, todas las amarguras que la edad trae consigo en estos tiempos que no respetan la virtud ni el saber. Pero salió de la prueba incólume, sereno, sonriente, como el verdadero señor que era. Y vivió casi diez años más en el goce de una labor y de un prestigio extraordinarios.

Nuestro colega André Mandouze, que dedicó una sentida necrología al profesor Marcel Durry en *Le Monde* del 28 de enero de este año, me ha "pisado" una idea que en tiempos tuve al contemplar la fotografía que abre los *Mélanges* mencionados. No importa, lo diré, pues aquí no se trata de lucirse, sino de honrar al amigo. Ése es el Durry de quien me gustará acordarme. Con su gesto un poco campesino, la cara surcada por las cazurras arrugas del que ha visto y vivido mucho; pero con la sonrisa abierta del *homo bonus*. Y el teléfono, esa plaga de nuestra civilización, en su mano. Hablando a los demás, escuchando a los demás, soportando a los demás con cortesía. En paz descanse.

M. F. G.